

Reflexiones en torno al pensamiento marxista de Ludovico Silva

Por *Lino* MORÁN BELTRÁN*
y *Yohanka* LEÓN DEL RÍO**

Si los filósofos quieren estar a la altura de los tiempos, tienen que acompañar su necrofílica manía de interpretar textos pretéritos con una minuciosa investigación de las condiciones sociales de nuestro tiempo.

Ludovico Silva

Introducción

VOLVER LA MIRADA y pensar sobre el socialismo es una necesidad imperante en todo el continente. El auge de los movimientos sociales en nuestra América vuelve nuevamente a desafiar el paradigma capitalista. En Venezuela, donde se intenta construir una alternativa fundada sobre el protagonismo de los excluidos, se hace necesario retomar las reflexiones que durante el siglo xx fueron expuestas por nuestros intelectuales, con el fin de hacer de la experiencia actual un socialismo que recupere la identidad amasada por nuestro pueblo desde los mismos días de la independencia.

Ludovico Silva (1937-1988) fue uno de los intelectuales venezolanos más importantes del siglo xx. Enfrentado al dogmatismo marxista, mantuvo siempre la idea de poner a vibrar al ritmo de los terremotos de la cordillera andina la obra de Marx y así actualizarla, impregnándola del espíritu fresco del continente latinoamericano. Este marxista venezolano formuló duras críticas al socialismo soviético para deslastrarse de los dogmas sobre los cuales se intentó edificar ese proceso social y reivindicar el sentido revolucionario de la teoría de la emancipación de “los condenados de la tierra”. En el presente trabajo se intenta presentar una visión de conjunto de la teoría de Ludovico Silva, destacando su humanismo, su concepción del socialismo y el papel de la religión y

* Profesor en la Escuela de Filosofía de la Universidad del Zulia, Maracaibo, Venezuela; e-mail: <lmoran77@hotmail.com>.

** Investigadora del Instituto de Filosofía de La Habana, Cuba; e-mail: <yohanka@filosofia.cu>.

la ideología, entre otros temas, que en la actualidad son obligatoria reflexión para los que trabajan en pos de “un mundo mejor posible”.

Breves datos biográficos de Ludovico Silva

CONSIDERADO uno de los intelectuales más importantes del siglo xx en Venezuela, Luis José Silva Michelena dedicó su vida a la reflexión filosófica, a la literatura y al ejercicio de la docencia. Teniendo como eje fundamental de sus planteamientos la obra de Marx, se constituye en figura fundamental del marxismo venezolano.

Nace en Caracas en 1937, periodo en el cual se gestan en el país apremiantes debates en torno a la estabilidad política y la transformación petrolera de la nación. En este ambiente inicia sus estudios en la ciudad capital y al concluir el bachillerato viaja por Europa: cursa estudios de filosofía y letras en Madrid, literatura francesa en la Sorbona y filosofía romántica en Alemania. Luego retorna a Venezuela donde en 1969 egresa *Summa Cum Laude* de la Universidad Central.

Se inicia en la docencia en 1970, y desde el ámbito universitario Silva sostuvo que las ciencias eran la materia prima de la filosofía, aunque el terreno propio de la misma era la lógica. Para él, la filosofía no debía centrarse en preguntas sobre el ser, sino ocuparse de los entes. De esta manera sentenció como falsas las pretensiones de los sistemas filosóficos cerrados que procuran explicar el universo en su totalidad.

Su obra, de inspiración marxista, se mantuvo distante y contraria a los manuales de los teóricos soviéticos que, según su opinión, fosilizaron la obra de Marx haciendo de sus principios fundamentales meros dogmas que, lejos de permitir reconocer en ellos aportes de una ciencia viva y transformadora, edificaron una religión estática, absoluta y reaccionaria.

De su amplia obra es necesario destacar: *Antimanual para uso de marxistas, marxólogos y marxianos* (1976), *La alienación en el joven Marx* (1979), *La plusvalía ideológica* (1977), *Contracultura* (1980), *Humanismo clásico y humanismo marxista* (1982), *La alienación como sistema: teoría de la alienación en la obra de Marx* (1983), entre otros.

En su obra siempre está presente la crítica al capitalismo, así como sus vehementes objeciones a la experiencia histórica del socialismo soviético. Por ello sus reflexiones son lectura obligada para aquellos que desde el horizonte latinoamericano procuran construir una alternativa al capitalismo sin repetir los errores del socialismo histórico.

Silva muere en Caracas en 1988 y deja una obra que espera ser descubierta por las nuevas generaciones.

Humanismo y revolución

CONSCIENTE de que la sociedad capitalista se caracteriza por la primacía del mercado y el capital sobre la vida de los hombres y la naturaleza, difícil sería ocultar el acentuado humanismo que recorre la médula teórica y práctica de los intelectuales que han optado por propuestas que procuran construir alternativas a la hegemonía del pensamiento burgués. Éste es el caso de Ludovico Silva.

El profundo humanismo que distingue su obra está marcado por la reflexión acerca del proceso de formación integral del ser humano.¹ Para él, ser humanista implica la adopción del “punto de vista de la totalidad”, el cual niega todo saber parcial y técnico en virtud de que éste fragmenta la naturaleza humana en diversas secciones en nombre de la superespecialización: “Sólo es humanista —afirma Silva— el punto de vista de la totalidad y su conocimiento”.²

Centrado en las críticas a la sociedad capitalista, considera que una sociedad que privilegia el capital sobre todo lo existente es artificial, dado que no alcanza a todos los individuos, sino tan sólo a unos cuantos grupos. Para Ludovico Silva, “el hombre común y corriente de la sociedad capitalista vive en una atmósfera de constante deshumanización, en una alienación que separa al hombre de su propia actividad productiva y vuelve en contra suyo todos los objetos creados por él”.³

Ludovico Silva considera que el verdadero humanismo se corresponde con la tesis comunista, a saber, que el camino está indicando sólo el movimiento real, la válvula concreta y revolucionaria para cambiar las condiciones en que vive actualmente el ser humano. Su humanismo es el mismo que proclaman revolucionarios como Ernesto Che

¹ Ludovico Silva, *Humanismo clásico y humanismo marxista*, Caracas, Monte Ávila, 1982, p. 37.

² Similares valoraciones encontramos en las elaboraciones de la teoría de la complejidad, desarrollada por Edgar Morin, el cual afirma que la ciencia occidental, surgida a raíz de la modernidad, se ha erigido sobre la aprehensión de la realidad fraccionándola, fundando así un conocimiento sobre los principios de disyunción, reducción y abstracción, que en conjunto constituye lo que se conoce con el nombre de paradigma de simplificación. Para Morin, esta epistemología prescinde del sujeto al obligarlo —en nombre de la objetividad— a tomar distancia del objeto a fin de garantizar rigurosamente la implementación del método —requisito indispensable para alcanzar la verdad, cf. Edgar Morin, *Introducción al pensamiento complejo*, México, Gedisa, 2004.

³ Silva, *Humanismo clásico y humanismo marxista* [n. 1], p. 223.

Guevara de la Serna en su obra *El socialismo y el hombre en Cuba*, donde se habla de la urgente necesidad de crear un hombre nuevo.⁴

Sin ocultar los errores cometidos por el modelo de organización socialista experimentado durante el siglo xx, Silva indaga acerca del humanismo que sería propiamente el que correspondería a una sociedad socialista exenta de las diversas alienaciones propias de las sociedades en transición en busca del desarrollo pleno de los individuos y de su conciencia a través de la satisfacción de todas sus necesidades y más allá de su subordinación al dinero.

Silva observa que las sociedades socialistas existentes durante el siglo xx, cayeron en un exacerbado colectivismo que no recoge el sentido del humanismo marxista, por el contrario, dicho colectivismo “aspira a una robotización de la vida humana que castra la individualidad en nombre de la sociedad”.⁵ Repasando las posiciones de Marx, Silva considera que la única manera de superar la alienación universal manifiesta en la hegemonía del valor de cambio, el cual convierte todo en una simple mercancía, es el desarrollo universal del ser humano. Además, al justipreciar el humanismo de Marx, señala que esta apreciación —aparentemente sólo económica— implica una teoría crítica raigal sobre la vida humana, la que en el sistema capitalista está basada esencialmente en la conversión universal de todos los valores en valor de cambio.

Desde una crítica al mercantilismo acendrado en las relaciones sociales capitalistas, para Ludovico Silva, no sólo los valores de uso cotidianos se convierten en mercancías, sino también otros valores como la conciencia, la dignidad, las relaciones entre géneros y la vida humana misma, son vistos a través de la relación mercantil.

En esta sociedad, haciendo referencia a la dominación patriarcal, Silva afirma lo siguiente: “La mujer nunca podrá liberarse y dignificarse, porque siempre será explotada como un objeto de consumo, como una mercancía más, destinada a consumir mercancías y a hacer vender mercancías a través de la imagen de su cuerpo, independientemente de si la mujer está dotada de un espíritu”.⁶

El humanismo es un principio no sólo teórico-epistemológico de las reflexiones de Silva acerca de la lucha a favor de los oprimidos,

⁴ Para Ernesto Guevara de la Serna, la revolución no es únicamente una transformación de las estructuras sociales, de las instituciones del régimen; es además una profunda y radical transformación de los hombres, de su conciencia, costumbres, valores y hábitos, de sus relaciones sociales, aspectos estos que significarían un cambio radical de la conciencia que caracteriza al hombre alienado por el sistema capitalista.

⁵ Silva, *Humanismo clásico y humanismo marxista* [n. 1], p. 229.

⁶ *Ibid.*, p. 230.

sino que además, apostando por la vida, brinda instrumentos teóricos y prácticos para a la superación de la encrucijada entre la vida o el capital planteada por el capitalismo.

Silva indaga acerca de aquellas relaciones de producción que conforman la totalidad sistémica del dominio capitalista, y que contribuyen hoy en tantas regiones del mundo a la fabricación de un tipo de ser humano enfermo, reprimido, aplastado por un peso ideológico que desconoce, esclavizado por una turba de objetos que consume irracional y vorazmente. La vida del hombre y la mujer comunes y corrientes, sin conciencia revolucionaria, concurre sin saberlo impregnada de la ideología capitalista por sobre todas las cosas, debido al suministro agenciado por los grandes medios de comunicación e información de una ideología que intencionalmente induce a la conservación, preservación y presentación del capitalismo como el mejor de los sistemas posibles. El enfrentamiento al capitalismo tiene para Ludovico una trinchera particularmente peculiar: el terreno de las ideas, de los deseos, las aspiraciones, los fines, los sentidos comunes. Por esa razón sostiene que para elaborar una teoría de la ideología capitalista desde el marxismo es necesaria la teoría de la comunicación. En los últimos años el pensamiento crítico contemporáneo ha afirmado que el neoliberalismo ha alcanzado victorias pírricas en la esfera cultural, precisamente por el control y la manipulación de los grandes consorcios de la información y la comunicación. Ya en los años setenta del siglo xx, Silva apostaba por la profundización de los mecanismos preconscientes del dominio de esta ideología, que precondicionan no sólo los resortes de la reproducción de la dominación sino los dispositivos del arribo a una conciencia revolucionaria. Esto hace de sus reflexiones una contribución significativa al pensamiento latinoamericano.

Venezuela en su actual proceso bolivariano muestra este desafío que las fuerzas revolucionarias deben enfrentar. En este sentido, la experiencia bolivariana ha expuesto la importancia de esta línea de lucha, y ha afirmado aquello que en sus reflexiones planteara este marxista venezolano: “Por eso nada hay tan subversivo, a los ojos del capitalista, como la toma de conciencia del engaño, el desenmascaramiento de la ideología”.⁷

Siguiendo a Lenin, Ludovico advierte sobre aquel discurso revolucionario que se queda en las consignas, la doctrina o el activismo irracional, identificándolo con falsa conciencia, ya que está entregado ideológicamente al capitalismo sin saberlo; la razón de esto es la falta de

⁷ Ludovico Silva, *La plusvalía ideológica*, Caracas, ucv, 1984, p. 218.

formación teórica y la inconsciente veneración de dogmas. Así dirá Silva: “Todo aquel que, en su taller interior de trabajo espiritual, obedezca a una conciencia falsa, ilusoria, ideológica, y no a una conciencia real y verdadera, será eso que llamamos un productor típico de plusvalía ideológica para el sistema capitalista. Y tanta más plusvalía ideológica producirá cuanto más revolucionario sea, si lo es sólo en apariencia”.⁸

Para Silva, el arma principal del proletariado no es hacerse de una ideología revolucionaria al estilo de los socialismos utópicos; al contrario, cree que su arma fundamental es adquirir plena conciencia de clase, una conciencia que sustituya a esa falsa conciencia que es la ideología. Y es que para nuestro autor la visión ideológica del mundo se remite a las apariencias sociales porque se confunde, por ejemplo, la cantidad de trabajo socialmente necesaria para producir una mercancía con su precio, que es algo determinado por el mercado.⁹

Inspirado en el legado leninista, Silva afirmará que la revolución pedagógica será una de las alternativas que permitirá darles a los hombres y mujeres enfrentados al desafío de cambiar el mundo y construir “un mundo mejor posible”, la vocación de lucidez permanente, es decir, la conciencia revolucionaria.

Para este marxista venezolano la ideología es un sistema de valores, creencias y representaciones que autogeneran las sociedades en cuya estructura existen relaciones de explotación, con el fin de justificar idealmente su propia estructura material de explotación, consagrándola en la mente de los hombres como un orden natural e inevitable o, filosóficamente hablando, como una nota esencial al ser humano. Por esto es absurdo hablar de ideología revolucionaria, dado que una revolución no puede genuinamente ser impulsada por prejuicios, fétiches o catecismos sino contra ellos.

Iglesia, poder y liberación

Los temas de la religión y de la Iglesia fueron arduamente analizados por nuestro autor. Sobre ambos emitió vehementes críticas cuando éstas confundieron su función profética en pos de una humanidad más justa, para convertirse en instrumentos ideológicos de los regímenes que justifican la pobreza y la explotación de los seres humanos en beneficio del capital y la propiedad privada, transformándose así en meras ideologías al servicio del sistema capitalista.

⁸ *Ibid.*, p. 214.

⁹ Ludovico Silva, *Antimanual para uso de marxistas, marxólogos y marxianos*, Caracas, Monte Ávila, 1975, p. 98.

Para Ludovico Silva la Iglesia expresa un mensaje religioso que pretende santificar la pobreza, amparada en la promesa de que la verdadera riqueza no es de este mundo sino aquella que nos depara la fe en gozar de la eterna presencia de Dios una vez que se realice el juicio final. Paralelamente a este mensaje, y de manera paradójica, ciertas “organizaciones religiosas mantienen grandes negocios —en especial en el ámbito educativo— en los que ganan gruesas sumas de dinero, se recuestan en los brazos de los poderosos y no admiten en sus colegios selectos a los estudiantes pobres”.¹⁰ Podríamos afirmar por analogía que esta situación los hace similares a los mercaderes a quienes Cristo echó a latigazos del templo.

Esta acertada crítica a numerosos miembros de la corte eclesial, quienes desvirtúan la idea de Dios, no le impide reconocer los aportes que los grandes padres de la Iglesia han hecho al pensamiento cristiano sin poner en riesgo la fidelidad a la palabra auténtica de Cristo.

Entre ellos destacan —afirma Silva— las figuras de san Jerónimo y san Agustín, quienes libres aún del dogmatismo religioso, escribían libremente, y sus doctrinas no eran aún una ideología al servicio de los poderosos, sino al servicio de los humildes, los desamparados y los desterrados de este mundo, tal como lo quería Cristo.¹¹

Para este marxista venezolano el error en el cual ha caído la Iglesia es similar a lo ocurrido con la obra de Marx en manos de muchos marxistas, dado que ambas doctrinas —la de Marx y la de Jesús— han sido convertidas en “un amasijo de dogmas, en una ideología”.¹²

Silva considera que en medio de la circunstancia latinoamericana propia de la década de los sesenta del siglo xx, han surgido por suerte diversos movimientos cristianos heterodoxos, apegados a la palabra original de Cristo y francamente revolucionarios. Muchos de sus integrantes son sacerdotes y se proclaman abiertamente marxistas.¹³

Este movimiento cristiano es conocido como teología de la liberación y surge a la luz de las innumerables injusticias a las que el sistema

¹⁰ Silva, *Humanismo clásico y humanismo marxista* [n. 1], p. 87.

¹¹ *Ibid.*

¹² *Ibid.*, p. 88.

¹³ El padre Camilo Torres, en Colombia, muerto en plena lucha guerrillera, o el padre Ernesto Cardenal, gran poeta y gran hombre, al frente de la Revolución de Nicaragua, son dos ejemplos latinoamericanos de este nuevo cristianismo. En el libro de Cardenal *El Evangelio en Solentiname* se respira un aroma evangélico tan puro como el de san Juan o san Mateo. La pequeña isla de Solentiname, situada en el lago de Nicaragua, se convirtió así durante años en una comunidad sencilla y humilde compuesta por agricultores, pescadores y poetas. Bajo la dirección espiritual de Cardenal, dicha comunidad se reunía periódicamente para hablar del Evangelio, pero no para glosarlo según los consabidos dogmas, sino para recrearlo, para expresar cada cual su libre opinión.

capitalista mundial ha sometido a los pobres de la tierra. Se trata de una nueva manera de hacer teología y requiere un clima de libertad y creatividad que ningún tribunal eclesiástico o civil debería sofocar, so pena de sofocar a su vez el dinamismo del Evangelio y su fuerza transformadora.

Esta perspectiva teológica hace énfasis en la figura histórica de Jesús, en lo que destaca su postura política en contra de las injusticias del imperio romano y la inclinación preferencial de su obra a favor de los pobres, para luego, desde el contexto de nuestro continente extraer del Evangelio las orientaciones necesarias para un proyecto emancipador y liberador del sujeto latinoamericano. Es una teología que se construye al lado de los excluidos y explotados por el sistema capitalista y que interpreta los signos de nuestro tiempo e intenta encontrar luz en las enseñanzas de Cristo. Es una propuesta que toma conciencia de la situación de dependencia y subordinación de los pueblos habitantes al sur del Río Grande y que asume el compromiso de acompañarlos en el peregrinaje a su liberación. Se trata en definitiva de una Iglesia capaz de escuchar el clamor de un pueblo, el cual día a día padece las injusticias de un sistema construido sobre el sacrificio y la muerte de millones de seres humanos.

Ésta es —según Silva— la única forma que él conoce en la que el factor religioso, el mensaje religioso, deje de ser ideológico, para convertirse en un sistema de denuncias, de apertura de la conciencia hacia los verdaderos problemas sociales. Para ello es ineludible la ayuda del método marxista. En este sentido dirá:

Creo que puede concebirse la verdadera religión, la religión revolucionaria y no ideológica, como un sistema de pensamiento, o mejor, una actitud vital que se aferra o ata a la instancia divina como suprema idea para luchar, en este mundo y cuerpo, por la liberación de los oprimidos y la justicia social. En este sentido, es comprensible que un número cada vez mayor de sacerdotes católicos, hablo de América Latina, adopten el método marxista de lucha, en cuyo eje funciona la misma ética de Cristo: la lucha contra el poder del dinero.¹⁴

Si bien es cierto que en su obra *Teoría y práctica de la ideología*, Silva califica a toda religión como elemento netamente ideológico, en su libro *Humanismo clásico y humanismo marxista* afirma que tal caracterización es injusta en ciertos casos. Ahora reconoce que “la religión puede ser, en determinadas circunstancias, un agente antiideo-

¹⁴ *Ibid.*, p. 89.

lógico, un agente creador de conciencia social”. Esta manera de entender y releer el evangelio se viene haciendo en nuestro país y para él esto no pasa desapercibido:

En mi país, Venezuela, existe por ejemplo un nutrido grupo de sacerdotes católicos revolucionarios y marxistas, que entienden su misión evangélica como el llevarle a los miserables de la sociedad la buena nueva [eso significa *evangelio* en griego] de que tienen que luchar, adquirir conciencia de clase para poder exigir, violentamente si es preciso, su derecho a participar de la riqueza social. Pero lamentablemente, estos sacerdotes marxistas son una minoría, que a cada minuto se estrella contra el aparataje de las altas dignidades eclesiásticas, éstas que hacen frecuentes viajes al Vaticano y emiten homilias bíblicas sobre el demonio del comunismo.¹⁵

A pesar de estas nobles manifestaciones de la Iglesia en América Latina, Ludovico Silva está consciente de la oposición que estos teólogos de la liberación deben enfrentar por parte de la oficialidad jerárquica del Vaticano, asociada sempiterna del poder temporal y ante el cual se ofrece a sí misma como generadora de la ideología que los poderosos necesitan para consolidar sus imperios y reinados.¹⁶

Críticas al socialismo real

CIERTO es que nuestro autor colocó en el epicentro de sus críticas el modelo de producción capitalista, pero también fue muy agudo en sus observaciones sobre la propuesta socialista organizativa llevada adelante durante el siglo pasado, con especial énfasis en torno de la orientación que Stalin diera a la Revolución Rusa. Consideraba que lo hecho por Stalin y por los intelectuales que con sus obras intentaron justificarlo habían fosilizado a Marx, olvidando que los conceptos fundamentales del marxismo son dinámicos y no estáticos, convirtiendo su pensamiento en un amasijo de principios dogmáticos similares a los que sustenta la Iglesia católica.¹⁷

Este marxista venezolano considera que la manipulación de la obra de Marx por el estalinismo usa al marxismo de modo acomodaticio, a fin de que sirva para la aplicación mecánica de un pensamiento dogmático, esclerosado, que sólo justificó las monstruosidades de las invasiones armadas a países que la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas

¹⁵ *Ibid.*, pp. 89-90.

¹⁶ Silva, *Humanismo clásico y humanismo marxista* [n. 1], p. 91.

¹⁷ Silva, *Antimanual para uso de marxistas, marxólogos y marxianos* [n. 9], pp. 13-14.

ticas ejecutó sobre su zona de influencia. Para Silva, la invasión a Checoslovaquia en 1968 y a Afganistán en la década del setenta por el ejército de la antigua Unión Soviética alineada con el Pacto de Varsovia, son acciones que distan mucho del espíritu humanista de la obra de Marx y que nada tienen que ver con su pensamiento dado que estos sucesos manifiestan una actitud imperialista.

Ludovico Silva considera que Marx era un pensador heterodoxo. Toda su obra es una constante e implacable crítica tanto al orden capitalista establecido como a sus justificadores científicos o ideológicos. Su pensamiento se resiste —por su propia naturaleza dialéctica— a ser convertido en dogma, en Iglesia. Convertir su obra en ortodoxia es convertir en justificación falsamente ideológica el pensamiento crítico-práctico de Marx.

Por ello, afirma Silva, ser marxista no consiste en aplicar la teoría de Marx como quien aplica un molde, sino por el contrario, consiste en asimilar y continuar críticamente su concepción de la historia y su análisis del capitalismo.¹⁸ Considera, en fin, que el dogmatismo sigue siendo uno de los grandes enemigos del pensamiento de Marx. Haciendo referencia a los “manuales” teóricos del marxismo producidos y distribuidos por la Unión Soviética, donde la obra de Marx es petrificada, afirma lo siguiente:

Por ello mismo, es rechazable esa quietud, esa inamovilidad seráfica de los cuerpos doctrinarios exhibidos en el pensamiento manualesco. Un pensamiento que no se renueva a sí mismo es un pensamiento muerto. Su carácter de huesa teórica proviene de su separación de la práctica, que está en movimiento continuo. Ello es una forma de alienación, la alienación ideológica, que consiste en creer que las ideas marchan independientemente del movimiento histórico real.¹⁹

La referencia al carácter no sustantivo de los ideales en el proceso histórico presente en la crítica de Marx a la ideología lleva a Silva a realizar una dura crítica a aquella faena del manual de la vulgata marxista que identificaba el sentido crítico, teórico, práctico y científicamente revolucionario de la teoría de la emancipación social del marxismo, con la justificación demagógica de un estado de orden establecido como meta última de la historia humana y fin consagrado del proceso histórico. Por lo tanto, en lugar de un proceso constante de construcción crítica del sujeto participativo, activo y consciente del cambio, coloca

¹⁸ *Ibid.*, p. 27.

¹⁹ *Ibid.*, p. 56.

un discurso plagado de apotegmas y dogmas, incapaz de superar sus propios prejuicios, fetiches o catecismos. Lo que lo lleva a considerar que ciertamente, desde Marx, toda ideología era esencialmente reaccionaria y que, lejos de ser una quimera o representación mental, tiene una función práctica, totalmente social, de preservar idealmente el orden establecido. Es esto lo que los mencionados manuales sobre marxismo pretenden, dado que la experiencia socialista en la Unión Soviética se presenta, a través de estos textos, como una sociedad ideal, que supone, a su vez, estar hablando desde un paraíso terrenal. Olvidan así —los autores de los manuales— a la burocracia monstruosamente desarrollada, la división del trabajo, la existencia de una economía monetaria y mercantil, la represión ideológica, el antisemitismo descarado y la catástrofe ecológica que imperó en tierras de Stalin y en sus zonas de influencia.

En los referidos manuales sobre marxismo existen diversas definiciones sobre el comunismo, e incluso es fácil encontrar serias contradicciones, lo que lleva a Silva a intentar precisar este término. Es así como, sin vacilación, nos dice que “el comunismo no es en sí mismo otra cosa que la realización particular, unilateral, del principio socialista”.²⁰

*La construcción del socialismo
como concreción de muchas utopías*

EL comunismo no es, como muchos creen, una fase superior del socialismo, sino que, según nuestro autor, es la práctica, la táctica, la tarea inmediata que busca la concreción de la idea, del modelo de sociedad que se esboza en el socialismo. Es decir, el comunismo debe ser entendido como combate y movimiento real hacia la conquista de la sociedad justa y respetuosa de la dignidad humana.

Esta reflexión lleva a Ludovico a plantearse la necesidad de concebir al socialismo como modelo y utopía concreta que, a pesar de considerar la imposibilidad de que pudiese darse una desaparición absoluta de las desigualdades sociales, posibilita un cambio cualitativo de la sociedad, como puede ser corroborado por la historia.²¹

Ahora bien, desde su perspectiva identifica dos tipos de utopías: absolutas y relativas. Las primeras son aquellas que por su propia na-

²⁰ Silva, *Humanismo clásico y humanismo marxista* [n. 1], p. 198.

²¹ Los hombres de la sociedad esclavista creían que su ordenamiento social era eterno, al igual que creen hoy los idólatras de la propiedad privada y el mercado que su régimen fue dictado por alguna divinidad que les confirió la condición de inmortales.

turalidad son irrealizables como las quimeras, fábulas o mitos; mientras que las utopías relativas son las realizables, son aquellas que partiendo del análisis y crítica de situaciones injustas procuran su superación y la instauración de una sociedad más justa e igualitaria.²² Para nuestro autor, la utopía niega el orden existente en su negación de la condición humana, y con esto plantea lo opuesto a lo reflejado por la ideología.

Considera Ludovico que en 1968, cuando los jóvenes de París escribían sobre los muros “Seamos realistas: demandemos lo imposible”, al demandar lo imposible en nombre de lo real estaban formulando la teoría de la utopía concreta y revolucionaria.

Nuestro autor va más allá de una mera reflexión que pudiese estar alimentada por el hastío que le provocara la sociedad capitalista. Se concentra en la caracterización de ese “mundo posible” que tendrá lugar una vez superadas las más acuciantes contradicciones de la sociedad contemporánea.

Su utopía concreta de una sociedad socialista debe empezar por la desaparición de los tres grandes factores histórico-genéticos de la alienación humana a saber: la propiedad privada, la división del trabajo y la producción mercantil. Para él, la propiedad privada debe extinguirse, no sólo en su aspecto material relativo a los medios de producción y de distribución, sino también en el aspecto espiritual. Él considera que en los países llamados socialistas —de su tiempo— se mantuvo una relación de privatización del trabajo espiritual que se expresaba en el control de la crítica y la disensión. Creía además que la división del trabajo debía ser superada por el desarrollo universal de las capacidades, de modo que aunque unos hombres se especialicen en determinados campos, la totalidad de los hombres conozca lo que hacen los especialistas. Silva, siguiendo el análisis de Marx, señalaba que la producción mercantil debía superar la economía mercantil y monetaria, porque mientras el dinero y el valor de cambio sigan siendo el módulo del tráfico humano, seguirá existiendo la explotación.²³

Para poder iniciarse, la utopía concreta del socialismo asimilada por Silva necesita de hombres cualitativamente nuevos, que son los revolucionarios que han sabido, dentro de la vieja sociedad, formarse de acuerdo con un principio humanista que los hace aptos para construir el socialismo. Lo que implica el hecho de la desaparición de la mentalidad adquisitiva como móvil esencial del comportamiento económico de los individuos. A nivel de la conciencia se deberá tomar una

²² Silva, *Antimanual para uso de marxistas, marxólogos y marxianos* [n. 9], p. 202.

²³ Silva, *Humanismo clásico y humanismo marxista* [n. 1], p. 204.

actitud revolucionaria y transformadora, íntimamente ligada al conocimiento del funcionamiento de la sociedad, contrariamente a lo que ocurre en los niveles medio y bajo de la sociedad actual, para los que el Estado funciona como un ente incomprensible e inaccesible. El nuevo modo de vida sólo puede nacer de la integración de un nuevo modo de producción y de un nuevo modo de distribución. La economía del socialismo que Silva promueve deberá estar orientada hacia la satisfacción de las necesidades de todos los individuos.²⁴ Para ello ha de existir un prodigioso desarrollo de las fuerzas productivas, a fin de satisfacer todas las necesidades de los individuos. Tal estado de cosas sólo resultará en el proceso de extinción del capitalismo desarrollado, es decir, cuando fuerzas productivas enormes entren en conflicto con las relaciones de producción, basadas en la obtención del máximo beneficio privado y en la explotación de la fuerza de trabajo.²⁵

Para nuestro autor, la cultura, como segunda naturaleza humana que es, de modo natural estará integrada a la estructura biológica del ser humano y a su estructura psicológica. La cultura, que en la antigua sociedad era patrimonio de las clases pudientes, se socializará de tal modo que será de cada individuo. Por otra parte, en la sociedad socialista los intelectuales no sufrirán la separación entre la teoría y la praxis como una enajenación. Toda la sociedad deberá disponer de un tiempo libre o de ocio lo suficientemente grande como para que cada individuo pueda realizarse. El socialismo deseado que Silva vislumbra será aquel que haga posible la superación definitiva de la división del trabajo que, como coyunda al desarrollo multilateral del individuo, obliga a los seres humanos a ser seres desequilibrados, sometidos al diario desprecio de lo que aportan a la sociedad y que sólo son considerados en la medida que fortalezcan al sistema en todas sus coordenadas de consumo y ganancia.²⁶

En la concreción de la utopía socialista, el Estado, que se define por su contenido de clase, desaparecerá con la desaparición de las clases mismas. Para ello es necesario concebir que el crecimiento económico, la expansión de las fuerzas productivas, no será un fin en sí mismo; es decir, no será un crecimiento *ad infinitum*, sino que se detendrá cada vez que sean colmadas las necesidades de todos los individuos y se acelerará cuando las necesidades lo exijan.²⁷ También se extinguirá la sociedad de clases. Tanto la burguesía como el proletaria-

²⁴ *Ibid.*, pp. 205-206.

²⁵ *Ibid.*, p. 207.

²⁶ *Ibid.*, pp. 208-213.

²⁷ *Ibid.*, p. 211.

²⁸ *Ibid.*

do, así como otros estratos existentes y en la sociedad contemporánea, llegarán a la igualdad universal bajo el principio marxista que afirma: a cada quien según sus capacidades; a cada quien, según sus necesidades.²⁸ Igualmente, una vez lograda la superación de la división de clases sociales, la guerra como solución a los problemas económicos y políticos desaparecería.

Para este marxista venezolano, se vislumbrará un futuro de paz y un mundo humanizado realmente posible. El lugar irrevocable de Ludovico Silva en el pensamiento latinoamericano será necesariamente visitado por las generaciones del continente que mantienen el compromiso de la liberación emancipadora, organizadas en la identidad múltiple del movimiento social popular.

Muchos de los temas planteados por Ludovico Silva son hoy en día recurrentes en el debate político venezolano; sea esta reflexión una contribución para que alimentemos la polémica con las ideas de uno de nuestros marxistas más insignes.